

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 8 de Julio de 1897

Núm. 346

REUTLINGER



Al acostarse

En capilla

«Con que ya lo sabes: el sábado por la mañana se efectúa mi boda. Por consiguiente, el viernes, á más tardar, tienes que estar aquí; pero me alegraría en extremo vinieses un par de días antes. Cuanto á buscar un pretexto para zafarte, no lo intentes siquiera; me prometistes tu asistencia, cuento con tu palabra, y si faltases á ella no te lo perdonaría. Mi novia, que desea conocerte, te envía sus recuerdos, y con éstos recibe el afecto de tu invariable amigo que te espera.—SALVADOR.»

No hay remedio — me dije, suspirando; — hay que resignarse á las leyes á veces tiránicas de la amistad. Y aunque me haga poquísima gracia ponerme en camino en esta estación y emprender una excursión tan poco agradable como la que ofrece el camino de aquí á R..., habrá que hacerlo.

Determiné marchar el jueves por la mañana para llegar la misma noche de aquel día á mi destino; arreglé mi maletín, dentro del que puse un traje negro, una corbata blanca, una muda de ropa ídem, mis zapatillas, y seis cubiertos de plata, nuevos, flamantes—regalo de boda destinado á los novios;— y llegado el momento, me fuí á la estación y me metí en un compartimiento de primera.

Hacia un tiempo de los más desagradables que pueda desear un viajero. El cielo, cubierto de espesas nubes, dejaba caer una lluvia copiosa, que daba al paisaje de invierno cruzado por la locomotora un aspecto desolado. A través de los cristales no veían mis ojos más que la interminable monotonía de llanuras sin vegetación, empapadas de un cieno ora gris, ora amarillento, salpicadas de grandes charcos que en ciertos puntos semejaban verdaderos lagos. Y cuanto más avanzaba el tren, más espesa y persistente se hacía la lluvia: al llegar á la estación de S..., caía el agua á torrentes; en la de P..., se desplomaba del firmamento obscuro, amenazador, con verdadera furia. Y cuando bajé en la de N..., villorrio en que tenía que tomar la diligencia para trasladarme á R..., se desencadenaba un diluvio formidable. La estación, un pequeño raquíptico edificio, hízome el efecto de una vivienda lacustre: surgía materialmente de en medio un vastísimo pantano.

— Señores: he de advertir á ustedes que si van al pueblo les ha de ser un poquito difícil el llegar. Está algo lejos, y la mitad del camino lo cubren las aguas.

Estas palabras del jefe de estación iban dirigidas á mi persona y á la de otro viajero que acababa también de bajar del tren.

— Yo tengo que ir á R... — respondí.

— Yo también — dijo el otro.

— En este caso — observó flemáticamente el jefe — no se trata ya de una cosa difícil, sino de una cosa imposible.

— ¡Imposible!... ¿por qué?

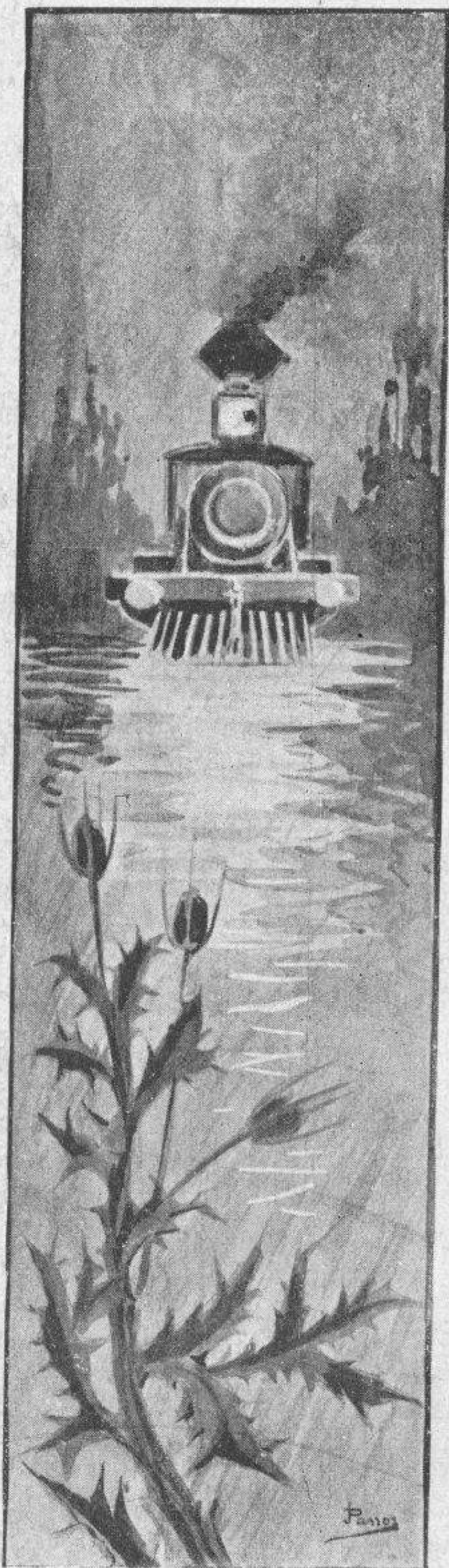
— Porque no hay diligencia para ir, ó mejor dicho, porque no podría ningún vehículo emprender la marcha. El río se ha desbordado, el camino está interceptado, y una tartana particular que ha salido este medio día, ha tenido que retroceder.

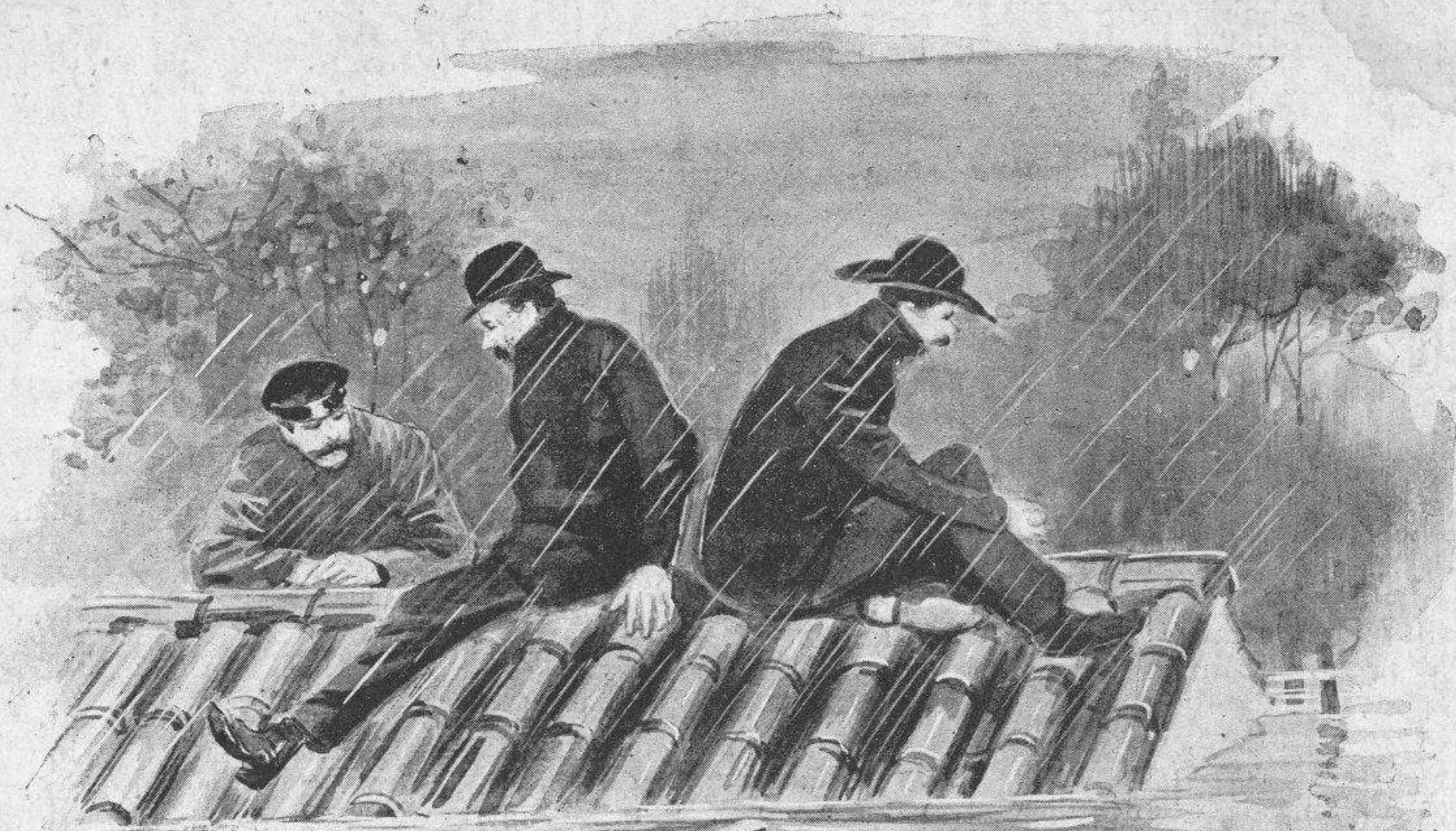
— Entonces — exclamé exasperado — no hay más remedio que ir al pueblo, aunque sea difícil el poder llegar...

— Lo más prudente sería que aceptasen ustedes por esta noche este refugio que, aunque humildísimo, pongo á su disposición — repuso cortesmente el digno funcionario.

— Es usted muy amable — dije; — pero...

— Sí, muy amable; pero yo no puedo quedarme... tengo absoluta precisión de estar esta noche en R... — replicó con violencia el otro viajero.





—Pues, francamente, no sé cómo se las compondrá usted para conseguirlo —dijo friamente el jefe de estación.

Y como para corroborar sus palabras, vino en estos momentos á besar nuestros pies una oleada de agua cenagosa, de un amarillo sucio, que invadió la planta baja de la estación.

—Bueno... lo que yo me temía... el torrente de San Jorge que hace de las suyas.

A aquella primera oleada siguió otra, luego otra... y otras más. La lluvia seguía cayendo incesante, sin descanso, y á su monótono rumor se unía ahora un bramido extraño que parecía venir de lejos y poco á poco se aproximaba...

— ¡Arriba, señores!... Vamos al primer piso... Me parece que vamos á pasar una mala noche... — exclamó el jefe.

* * *

Y tan mala, en efecto... Como que la pasamos casi enterita sobre el tejado, á donde fué preciso buscar el último refugio, cuando la inundación, subiendo lenta, implacable, nos desalojó del primer piso.

¡Qué noche de tortura y de agonía! Calados hasta los huesos, temblando de frío y de pavor, agarrándonos con manos convulsivas á las resbaladizas tejas sobre las que estábamos tendidos, sentíamos el hálito de la muerte á pocos pasos. La obscuridad era tan densa, que no veíamos nada en torno nuestro: sabíamos que el agua nos envolvía por todas partes; que estaba allí, subiendo, subiendo, tratando de alcanzarnos; percibíamos su siniestra voz, el sordo murmullo de sus ondas agitándose á algunos palmos de distancia. Pero no veíamos nada... la mirada sólo encontraba la opacidad de una negrura inmensa, infinita, impenetrable. Y al horrible espanto producido por la inminencia del peligro invisible y tangente, se unía otra idea estremecedora: ¿podría el débil edificio que nos sustentaba resistir al embate destructor del formidable elemento que le oprimía por sus cuatro costados, desde la base hasta el alero? ¿no llegaría un momento en que las livianas paredes, impotentes ya, se hundirían á pedazos, sepultando entre los escombros y el agua á los desdichados que allá, arriba, esperaban la muerte?

Afortunadamente resistieron las paredes y se cansó el cielo de llover, y vino por fin el alba á mostrarnos todo el horror del cuadro que nos rodeaba y del peligro que corríamos.

O que habíamos corrido. Porque á medida que fué avanzando el día, retrocedieron rápidamente las aguas, y á eso de las diez pudimos abandonar el tejado.

— Que noche la que hemos pasado aquí, ¿eh?... — le dije á mi compañero de viaje y de inundación en el momento de marcharnos.

— ¡Pche! — me respondió, encogiéndose de hombros — conozco á uno que pasará todavía peor la noche que viene.

— ¿Qué quiere usted decir? — pregunté admirado.

Pero él no me contestó. Entonces le examiné con detención, cosa que no había tenido aun ocasión de hacer. Era un hombre de mediana edad, robusto y fornido, de rostro vulgar, facciones algo duras y manos enormes.

* * *

Como tenía prisa por llegar á R..., en donde encontraría un poco de «confort», tan necesario después de las angustiosas horas pasadas en la estación de N..., no quise esperar la salida de la diligencia. Preferí alquilar una tartana, y brindé uno de los asientos al otro viajero, que tras una pequeña vacilación aceptó.

Me despedí cariñosamente del jefe de estación, á quien tanto debíamos, y nos pusimos en camino. Bastante duro de pelar fué éste, pues la ruta estaba hecha una desdicha, y al fin pudimos, antes del anochecer, arribar felizmente á R..., sin que durante el trayecto hubiésemos cambiado mi compañero y yo más de una docena de palabras. Jamás me había encontrado con un hombre tan taciturno. Al bajar del vehículo, me dió las gracias entre cortés y huraño, y desapareció rápidamente, metiéndose por las calles de la población.

Salvador me recibió con los brazos abiertos y grandes muestras de alborozo. Había estado sumamente inquieto todo el día, pensando en los azares que podían haberme asaltado, y de verme sano y salvo brincaba de alegría. Luego me manifestó que su boda había sido aplazada, pero por dos días nada más: en lugar del sábado se verificaría el lunes.

— Hemos querido evitar — añadió — una coincidencia muy desagradable, mucho... Figúrate que mañana á las siete ajustician á un reo de muerte.

— ¿Mañana?

— Sí: le han puesto hoy en capilla, y se temía que el verdugo no llegase á tiempo con eso de la inundación. Pero parece que acaba de llegar, hace un instante, en una tartana.

Y concluyó diciendo sencillamente mi buen Salvador:

— Ya ves tú que si has pasado mala noche, hay quien la pasará hoy peor todavía. Ese sí que está seguro de morir ahogado...

JUAN BUSCÓN.

Contra la maleza

I

Viendo el padre de Juan que Juan un día
arrancar con la mano pretendía
la maleza que á un lado y otro lado
del campo se extendía:

— ¡Válgame Dios! le dijo:

¡de locura, sin duda, estás tocado!
Que eso es en balde trabajar colijo;
si crece la maleza en el sembrado,
coge la hoz... ¡y á la maleza, hijo!

Porque, si bien se mira, de este modo
es natural que tu trabajo acabes
con mayor rapidez, y tú bien sabes
que para un labrador el tiempo es todo.

II

Y oyendo un día Juan detrás del muro
una voz que suspira,
y que él de conocer está seguro,
se asoma al muro y desde el muro mira.

Y al contemplar á la mujer que quiere,
con cierta dulce languidez sentada
junto á otro mozo, á su pesar le hiere
la punta de una flecha envenenada...

Oye... no sé qué cosas deliciosas

(cuando no existe infamia en estas cosas);
ve que el mozo en sus brazos la sujeta;
siente un sordo *rum-rum* en los oídos,
la hoz afilada entre su mano aprieta,
y avanza hacia los dos dando rugidos.

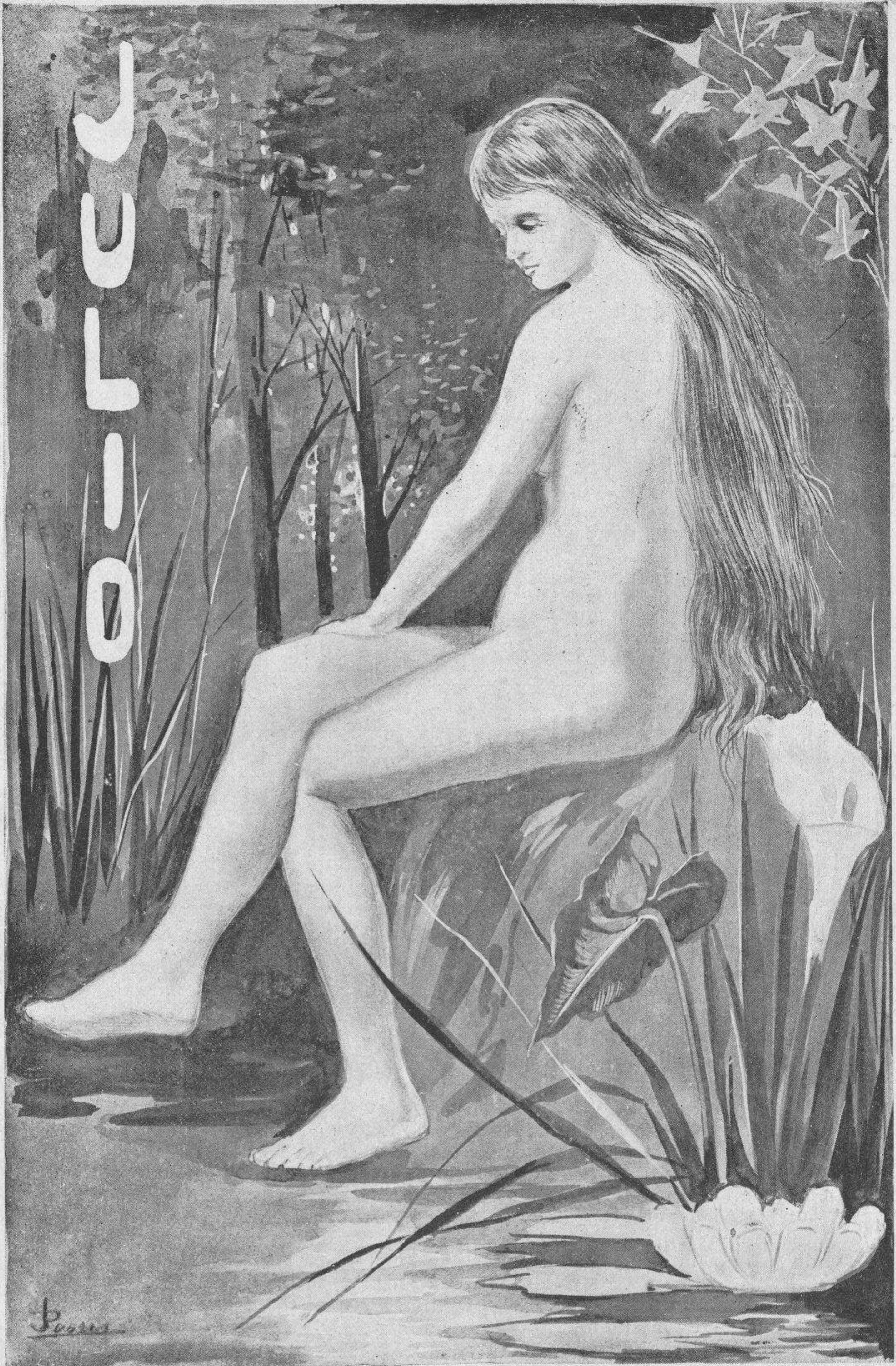
Quieren huir ¡pero, imposible huida!
pues se hallan de tal modo sorprendidos,
que es su traición casi á traición cogida;
contra ellos luego el engañado cierra,
siendo más diestro en arrancar su vida,
acaso que antes en limpiar la tierra...

Los ve en el suelo, y se detiene un poco;
lanza al fin una horrible carcajada
y abandona aquel sitio, como un loco,
llevándose la hoz ensangrentada...

Y cuando el padre, de sorpresa lleno,
le pregunta:— ¡Infeliz! ¿pero qué hiciste?
— Tu sistema— responde— es el más bueno...
¡Mira si comprendí lo que digiste!...

Con sangre sólo la maldad se cobra...
¡No perder tiempo es la mayor riqueza!...
¡Y si se trata de arrancar maleza,
nada hay como la hoz! ¡Razón te sobra!

LUÍS DE ANSORENA.



Julio



El olvido

Sólo de recuerdos se vive
Sólo para recordar se obra.

Juan era un muchacho de talento, de corazón y de dinero. Si á esto se añade que tenía mucho ángel y una arrogante figura, debe comprenderse que en la edad en que los otros entran apenas en la arena de la vida, tenía ya los músculos acostumbrados al esfuerzo que la lucha requiere, y la piel curtida por todas las pasiones.

A los treinta años había bebido hasta las heces, la copa de la amargura. El dinero le había hecho una legión de ingratos; el talento le hizo conocer la estultez de la masa; el corazón sólo le sirvió para sangrar sin tregua ni descanso. Su aspecto simpático y su varonil belleza, le produjeron una série inacabable de disgustos proporcionados por mujeres que al verle guapo le creyeron tonto; que al saber que era rico quisieron explotarlo; que al adivinar que tenía corazón, entraron en ganas de saber cómo se contrae esa víscera cuando el dolor la punza, y de averiguar la resistencia que tiene.

Conoció los adulterios de la clase media, que son los más repugnantes; las traiciones del amigo al amigo; la ineptitud que pasa plaza de talento á fuerza de arrastrarse por el lodo; la rapacidad que es uno de los sedimentos indestructibles de la humana especie; la maldad ingénita de la mayoría de los hombres; la hipocresía que oculta la maldad y le da mayor fuerza corrosiva. Y tantas y tantas otras cosas, que llegó un día en que la idea del suicidio le sonrió como libertad suprema, como remedio infalible.

Pero por lo mismo que tenía talento y carecía de afecciones, no quiso suicidarse. Despreciando á los hombres, no quiso que alguno heredara su fortuna. Y decidió tomar otro camino.

En un par de años disipó toda su riqueza esparciéndola á los cuatro vientos cardinales, desmenuzada de tal manera, que ninguna de sus porciones pudiera aprovechar á nadie. Y después, con los últimos miles de duros que le quedaban, emprendió una rápida excursión á Alemania. Allí encontró á un especialista en enfermedades cerebrales, al cual dijo poco más ó menos:

—Tengo cuarenta mil marcos en esta cartera. Creo que es precio bastante para la operación que de su ciencia solicito. A causa de tener una memoria muy feliz, tengo una amargura incurable que me roe el alma. Los recuerdos me atosigan. ¿Puede usted hacer que la memoria desaparezca por completo?

—Sin duda, y sin riesgo alguno.

—Pues al avío.

El doctor trepanó la cabeza de Juan, tocó la segunda circunvolución del lóbulo frontal izquierdo, se aseguró de su perfecto estado fisiológico, y luego, con una jeringuilla inyectó un líquido. Una ligera fiebre, dos días de cuidado, y Juan estaba bueno, pero desmemoriado; tanto, que si el doctor no se lo recuerda, se marcha sin pagar la operación.

Y ahí tienen ustedes á Juan, sin un cuarto en el bolsillo y sin un recuerdo en la memoria, perdido por este mundo de Dios. Lo primero que se le ocurrió, es que tenía que ganarse la vida; pero no hallando colocación alguna y no recordando que existen tribunales de justicia, robó bonitamente á un hostelero. No fué descubierto; pero no por ello fué menos ladrón. Otro día halló la mujer con que había soñado en otra época y á la que buscara en vano. La amó y fué amado con pasión verdadera y desinteresada. Pero la pícaro memoria, le jugó una trastada. No se acordó del camino de la casa de la madre de su hijo y se alejó para siempre, dejando la deshonra y la desesperación en un hogar. Reunió, á fuerza de trabajo, un gran capital y no supo dónde lo había guardado, de modo que otro se aprovechó de sus afanes. Estuvo malo, y, no recordando que había médicos, se murió en un rincón como un perro comido por la tiña.

¿Fué feliz ó fué desgraciado durante la segunda etapa de su vida? La memoria ¿es un beneficio ó una desdicha? Juan no se hizo siquiera esas preguntas porque no recordaba nada.

A. RIERA.

Rosaura y Rosita

I

Con la mano en el montante
Con el fieltro hasta las cejas,
Con la capa hasta los ojos
Y sonando las espuelas,
El galán D. Luís de Lara,
Gloria y fama de su tierra,
Recatado y cauteloso
Cruza calles y plazuelas.
Nadie pudo aventajarle
Ni en amores ni en querellas,
Que es terror de los valientes
Y es asombro de las hembras;
Por lo cual tranquilo marcha,
Sin que nadie le detenga,
Con la capa hasta los ojos,
Con el fieltro hasta las cejas.

Tras de dar por las callizas
Muchas vueltas y revueltas,
Llega al fin junto al portón
De una casa solariega,
Da dos golpes con la daga
Sobre el hierro de una reja,
Y á través de los barrotes
Se presenta una doncella.
Es hermosa como el astro
Que entre nubes centellea;
Son sus ojos dos luceros;
Son sus dientes blancas perlas.
—¡Luís! ¡Rosaura!—casi á un tiempo
Dicen ambos, y él estrecha
La nevada y suave mano
Que la joven le presenta.
El la lleva hacia su boca,
Ella escapa y se rebela,
Y él porfía y ella lucha,
Y él insiste y ella niega,
Y después de muchos votos,
Y después de mil promesas,
Resonó en la calle un beso
Que perdióse en las tinieblas.

II

Con la mano en el bolsillo
Y hacia un lado la chistera,
Con el puro entre los dientes
Y el gabán á media pierna,
El gomoso Pepe Lara,
De la *High-life* madrileña,
Sobre un coche del tranvía
Cruza calles y plazuelas.
Nadie pudo aventajarle
En ser *pillo* y calavera,
Pues conquista á las muchachas
Como apunta á la ruleta,
Y de pie en la plataforma
Se *da pisto* y se recrea
Con el puro entre los dientes
Y hacia un lado la chistera.

Tras de dar en el carruaje
Muchas vueltas y revueltas,
Baja al fin en una plaza,
Dirigiéndose á una reja.
Da palmadas y silbidos
Y ninguno le contesta,
Y hace el perro y hace el loro
Por que noten su presencia;
Hasta que después de un rato
Se abre al fin una vidriera
Y aparece una muchacha
Buena, buena, pero buena.
—¡Mi Pepito!—¡Mi Rosital!

Dicen ambos, y él estrecha
Una mano toda *polvos*
Que la niña le presenta,
Y él la lleva hacia los labios,
Y ella grita y él le ruega,
Y después de mil palabras
Y después de mil promesas,
En la calle sonó un beso,
Pero de esos de primera.

¡Libro eterno de la historia!
Tú, que tanto nos enseñas,
Nada nuevo has de contarnos
En achaques de las hembras!
¡Las doncellas de ha tres siglos
Tan guardadas, tan opresas...
Eran igual que estas chicas,
Con muy poca diferencial!

JOSÉ M.^a DE LA TORRE.

SALÓN DE PARÍS, 1897



W. BOUGUEREAU. — Herida de amor

Drama

EN TRES ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL DE...

I PRÓLOGO

—¿Decía usted?...
—Que he escrito un drama.
—Un drama, ¿eh?...
—Sí, señor.
—Pues más le valiera á usted haber escrito un testamento.
—¿Por qué?
—Porque por muchos años que usted viva se ha de morir antes que el drama llegue á representarse.
—¿Usted cree?...
—Que todos somos mortales.
—Quiero decir...
—Permítame usted un momento. Ese drama, ¿es el primero que usted ha escrito?
—Sí, señor, el primero.
—Entonces me perdonará usted que le recuerde un sucedido.
—Soy todo oídos.
—«Había en Cádiz un maestro zapatero de hasta 49 años de edad, el cual aborrecía de tal suerte el agua, que no obstante de sus largos años, no recordaba haberla usado nunca.
»En cambio era tan aficionado al vino, que lo consumía á diario por arrobas, así en la mesa, á las comidas y fuera de éstas, como en el aseo y limpieza de su persona.
»Tan exagerado abuso, llegó á producirle á lo largo una cruel y dolorosa enfermedad, revelándosele, entre otros síntomas, por una fiebre seca y ardiente, pasada la cual aparecían en la piel multitud de manchas rojas, que al decir del paciente, le abrasaban como si fueran carbones encendidos.
»En tal estado, mi hombre consultó á varios médicos, y todos á una convinieron en que debía bañarse, y no en vino, sino en agua, lo que hizo diese al diablo con los doctores y los remedios que los tales le propinaban.
»Pero como viera que cada día iba de mal en peor, y los médicos seguían erre que erre, aconsejándole los baños de agua, decidióse al fin á tomarlos, y una tarde, acompañado de un amigo suyo, se dirigieron á la playa, tomó su billete, entró en la caseta, y una vez desnudo, permaneció indeciso largo espacio.
»El amigo procuraba animarle, y tanto insistió y le dijo que, aproximándose al borde del tablado y bien asido á la barandilla de la escalera, sumergió, cerrando los ojos, hasta medio pie en el agua.
»La impresión fué tan desagradable, que desistió de seguir más adelante.
—»¡Antes la muerte!—decía vistiéndose á toda prisa, en tanto que su amigo, haciéndole toda clase de reflexiones, le dijo entre otras cosas:
—»Comprende que todo es hasta acostumbrarse; el primer baño te producirá grande impresión, es cierto; no será menor la del segundo; pero al tercero lo notarás bien poco, y al quinto baño, ya entrarás en el agua como Pedro por su casa.
—»Pues, entonces,—replicó el otro,—no me bañaré en mi vida, si no hay medio de empezar por el quinto.»

—Y bien, caballero...
—En el teatro no hay precedente de que haya cuajado el primer drama de escritor alguno; todos comienzan por el quinto... ¡lo menos!

II CUADRO PRIMERO

La escena representa la habitación de una fonda.
Personajes: el autor primerizo, el empresario, un primer actor y un nombre ilustre.
La acción comenzó después del almuerzo.
—Puede usted empezar.
—Con el permiso de ustedes. *De carne y hueso*, drama en tres actos y en verso, original de...
—Etcétera.
—Acto primero.—El primerizo lo leyó de rabo á cabo, después de lo cual, le dijo el primer actor:
—Descanse usted un instante.
—Decididamente el ministerio no termina la legislatura. La crisis se le viene encima.
—Se habla de un ministerio de transición.
—Esos rumores han corrido, pero yo sé de buena tinta que la situación cambiará radicalmente.
—¿Hacia los conservadores?
—No, hacia la izquierda. Puede usted seguir cuando guste.
—Acto segundo.—El cual también leyó de la cruz á la fecha en medio del más profundo silencio.
—Buenos pulmones, amigo mío, buenos pulmones,—dijo el empresario rascándose la cabeza.
—Tendrá usted seca la garganta,—añadió el nombre ilustre ofreciendo una copa al primerizo.
—Tantas gracias.
—Para fondas, París,—prorrumpió el actor frotándose las manos,—¡qué servicio! ¡qué cocina! ¡aquello sí que es arte!
—Pasemos al tercero, si á usted le parece.
—Acto tercero y último.
Y como no hay plazo que no se cumpla, ni drama que no se acabe, el primerizo terminó la lectura del suyo, y levantando los ojos, interrogó con una mirada á aquellos tres caballeros, los cuales, después de haber bostezado lindamente, se hallaban medio dormidos.
—Ustedes dirán.
—¡Cómo! ¿Ha concluido usted ya? Todavía me sonaba en los oídos el run-run de las redondillas.
El nombre ilustre hizo signos, indicando que iba á hablar. Espectación.
—El drama que usted ha tenido la bondad de leernos nos ha probado una vez más lo que ya todos sabíamos, es decir, que es usted un ingenioso escritor y un excelente literato. La forma es bella y galana, tiene usted pensamientos felices, situaciones de sentimiento, trozos de poesía, y sobre todo, la versificación es natural y fluida. El pensamiento de la obra es atrevido; nuestro público no se halla aún, desgraciadamente, preparado para esta clase de asuntos, hoy tan en boga entre nuestros vecinos los franceses. Recuerde usted el estreno del *Mar sin orillas*, de Echegaray; aquel acto primero produjo un verdadero escándalo. Quien escribe para el público, es necesario que se acomode á sus gustos, y sino, que no escriba, ó lo haga para sí y para sus

amigos. En cuanto á la acción... voy á serle á usted franco: la acción deja mucho que desear, se ve la inesperienza del autor que por primera vez acomete tal empresa. Las entradas y salidas de los personajes, por regla general, no están justificadas; los recursos de que usted se vale son pobres, y los efectos, *quid divinum* del arte escénico, son todos ellos forzados y no inspiran interés alguno. En resumen, amigo mío, su drama de usted es un felicísimo ensayo que revela las excepcionales disposiciones que usted posee para el drama, en cuyo género, andando el tiempo, ha de conseguir ciertamente grandes y legítimos triunfos. ¡Qué diablo, todos hemos escrito un primer drama! ¡Quémelo usted... y á otro!

Se levantó la sesión.

El almuerzo subía á ciento treinta y nueve pesetas.

III

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración del anterior; han transcurrido quince meses.

Personajes: los mismos perros con diferentes collares.

La acción comienza después de una comida y de la lectura de un drama.

—¿Cómo ha dicho usted que se titula esta nueva producción?

—*La fuerza de la pasión.*

—¡Ah! sí, es verdad. ¿Y la que nos leyó usted el año pasado?

—*Amor y honor.*

—Es cierto, es cierto; ya no recordaba. Pues amigo mío, su segundo drama de usted es bastante mejor que el primero. ¿No es usted de la misma opinión?—dijo el primer actor dirigiéndose al nombre ilustre.

—Ciertamente.

—Sin embargo, á usted se le puede decir todo, deja mucho que desear todavía.

—¿Es decir, que no podrá representarse?

—¡Hombre, no lo he dicho por tanto! El drama está bien escrito; tiene algunas situaciones aceptables y se desenvuelve con naturalidad; pero, amigo mío, el drama se escribe para el teatro, y es preciso ponerle en condiciones favorables de éxito. En éste la protagonista lo es la dama.

—Cierto.

—¡Y ya sabe usted como estamos de mujeres!... ¡Hoy no hay actrices!

El nombre ilustre hizo signos afirmativos.

—Por tanto tiene usted que descargar el papel de la dama y reforzar el mío.

—Pero...

—Yo he de llevar el peso de la obra. El final del segundo acto hay que variarlo por completo; de tal modo, que sea yo quien diga las últimas redondillas.

—Pero...

—Y el monólogo que pone usted en boca de la actriz también he de ser yo quien lo diga.

—Pero...

—No he terminado. En el tercer acto sobran dos ó tres escenas, y hay que añadir otra, en la cual me escribirá usted una gran relación pintando los extravíos de las pasiones. Esta escena será la escena final de la obra.

—Pero... y perdóneme usted si le interrumpo.

—Puede usted hacerlo.

—Pues quería decir que es imposible escribir esa relación que usted desea.

—¡Imposible! ¿Y por qué?

—¿No se ha fijado usted?

—No recuerdo.

—¿No recuerda usted que á la mitad del acto el personaje que usted ha de representar se quedó mudo?

—Eso no es obstáculo para que yo diga la relación.

—Los mudos no hablan.

—Pero piensan.

—Para consigo mismos, no en voz alta.

—Amigo mío, en el teatro todo es convencional, y con decir al principio y al fin de la relación que todo aquello se dice sin hablar, está salvado el inconveniente.

—Y con esas reformas, ¿se representará el drama?

—En cuanto usted me lo entregue corregido, se sacarán papeles. Conque ¡ea! manos á la obra.

Al día siguiente de esta escena comenzaba la temporada.

IV

ENTREACTO

El primerizo, en menos de quince días hizo hablar á los mudos, oír á los sordos y ver á los ciegos. Voló al teatro con su obra.

—Ya está aquí, ¿eh? Bueno le daré un repasito. Pasó un mes.

—No he tenido tiempo. ¡Yo le prometo á usted que esta semana!...

Pasaron otros treinta días.

—¡Si tiene usted mucha razón! Pero hágase usted cargo: ensayos por el día, función por la noche. No tengo tiempo ni para comer. Pero la semana que viene...

Dos y uno... han trascurrido tres meses.

—No se moleste usted en venir por aquí. En cuanto vea eso, yo mismo le avisaré. De este mes no pasa.

Pasó el invierno, llegó la primavera y florecieron las lilas.

—Lo que es esta temporada ya no es posible, amigo mío. No hay más remedio que tener paciencia y esperar á la otra. Yo lo siento mucho, pero... ¡se ha hecho cuanto se ha podido! La temporada próxima yo le juro á usted que se hace de las primeras.

—No, no; si yo no dudo... si no he dudado... ¡cómo dudar! ¿Me haría usted el favor del ejemplar?

—Con mucho gusto.

—Aprovecharé el verano corrigiendo y limando algunas escenas.

—Es verdad. Pero... ¡se me ocurre una idea!

—¡Una idea!

—Sí, señor, una gran idea.

—Veamos.

—¿Por qué no escribe usted otro drama?

—¡Otro drama!

—¿Se ha asustado usted?

—Precisamente asustarme no, pero...

—Tiene usted el verano por delante. ¡Quién dijo miedo! ¡Animo, y á ello!

—Lo pensaré, lo pensaré.

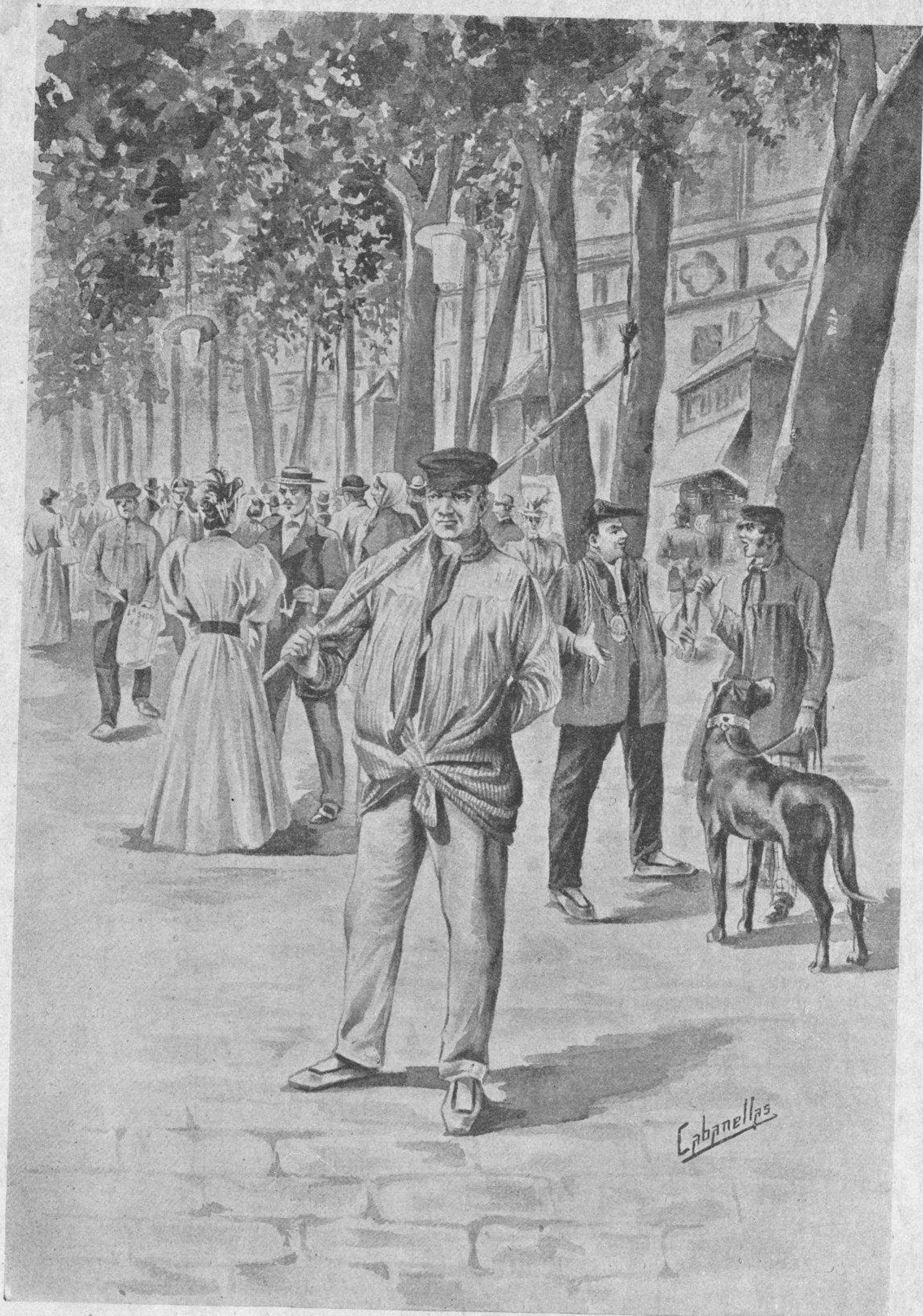
—Le voy á dar á usted un consejo de amigo.

—Serán mis primeros honorarios.

—Escriba usted otra obra; pero al hacerlo, tenga usted presente que los dramas se escriben para los actores.

El primerizo saliendo por la puerta del foro:

—El drama se escribe para el público; el drama se escribe para el teatro; el drama se escribe para



En la Rambla. — Tipos que se van

ALREDEDOR DEL MUNDO



AIX-LES-BAINS. — La playa á la hora del baño



LE TREPORT. — La playa al caer la tarde

los actores. ¡Qué barahunda! ¿No sería más sencillo que el drama se escribiera por sí mismo?

V

CUADRO TERCERO

—He recibido su carta de usted y vengo...

—Tenga usted la bondad de sentarse,—dice el primer actor al primerizo, entre quienes se cruza este diálogo:

—No, señor; no me siento.

—Me obligará usted á seguir de pie.

—Puede usted hacer lo que quiera.

—Me habló el señor Echegaray.

—Lo sé.

—Y el señor Sellés.

—Lo supongo.

—Y Núñez de Arce...

—Sí, señor; y le habrán hablado á usted también los señores Cano, Campoamor, Zapata, Galdós, Cañete, cincuenta literatos más y otras tantas corporaciones científicas y literarias.

—También tuve carta del Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros.

—Y, según mis noticias, habrá usted recibido también cartas de la Secretaría de Palacio y del Arzobispo de Toledo.

—Efectivamente.

—¡Ya lo creo! ¡Mi trabajo me ha costado!

—Y, ¿qué necesidad tenía usted de molestar á tan doctas corporaciones y á tan ilustres personajes?

—¿Usted se burla, caballero? ¡Qué si tenía necesidad!... Hace ya más de siete años que presenté á usted mi primer drama *Amor y honor*. Desde entonces acá he presentado á usted sucesivamente, otros cuatro más, titulados *La fuerza de la pasión*, *Una historia de amores*, *La Hidra*, y por último, *Entre el amor y el deber*... ¡Qué si tenía necesidad!... ¡Caracoles!... hace más de siete años que trabajo y no cobro... ¡figúrese usted si tendría necesidad, caballero!

—Tampoco ha sido todo culpa mía. Sus primeros dramas de usted tenían muchos defectos hijos de su inexperiencia y desconocimiento de la escena. Y aún este último (no se ofenda usted por ello), con ser el mejor de todos, ha de costarnos grandes esfuerzos el hacerlo pasar únicamente. Ayer se han repartido y pasado los papeles; mañana comienzan los ensayos, y dentro de cuatro días bajará al agujero. Puede usted venir cuando guste.

—Beso á usted la mano.

VI

ENTREACTO

Terminado el primer acto la gente de la sala se agolpó al saloncillo á felicitar al autor. Estaba éste en el cuarto del primer actor, quien, con el nombre ilustre, le tenían prensado entre dos sillas.

—Se ha escuchado con interés.

—Han aplaudido algunas escenas.

—Reciba usted mi enhorabuena.

—Felicito á usted con toda el alma.

—Bien, muy bien, amigo mío, es una obra muy bonita.

—Esto promete.

—Tenga usted valor.

El primer actor y el nombre ilustre sonreían como si todas aquellas frases de los espectadores fueran dirigidas á ellos. El primerizo estaba inmóvil y mudo, sin darse cuenta de lo que pasaba.

Al final del segundo acto pidieron el nombre del autor y fué llamado á la escena, pero no se presentó hasta el tercer acto, en el que lo sacaron á empujones entre la dama y el galán, tras de los cuales procuraba ocultarse modestamente.

Durante la representación del sainete, el primerizo, rodeado del primer actor, del nombre ilustre y de una multitud de amigos y curiosos, conversaba con voz trémula y torpe con todos ellos.

—Todo llega en la vida,—decía el nombre ilustre,—no hay que ser pesimista ni impaciente. La juventud no sabe esperar; cree que el mundo se le va á ir entre las manos y quiere vivir aprisa.

El primerizo pensaba entonces en sus siete años de martirio y sonreía como un idiota.

—Si nos hubiéramos dejado llevar por sus deseos de usted y puesto en escena el primer drama, ¡qué arrepentido estaría usted á estas horas! —dijo el primer actor.—En vez del éxito de esta noche hubiera usted tenido un fracaso, y quizás no habría usted vuelto á pensar en el teatro, donde tantos triunfos le esperan.

—Efectivamente, mi primer drama...

—Ya se le puede hablar á usted con franqueza,—interrumpió el nombre ilustre,—su primer drama era un desatino, ¡confíeselo usted!

—Bastante malo, amigo mío, bastante malo,—añadió el actor.

—Efectivamente, no puedo menos de confesarlo; mi primer drama... acaba de ser aplaudido esta noche.

—¿Eh?

—¿Cómo?

—Que mi primer drama acaba de ser aplaudido esta noche por el público y por ustedes.

—¿Quién lo diría!

—¡No parece el mismo!

—¡Le ha variado usted mucho!

—¡Radicalmente!

—Efectivamente, señores; ha sufrido grandes reformas; le he variado el título, el título solamente.

VII

EPÍLOGO

Hay que convenir en que, dadas nuestras costumbres, el Código penal parece hecho para siglos más cultos y civilizados que los nuestros.

Se castiga el robo de efectos y el crimen brutal que hiere los sentidos, ¿por qué no ha de pensarse á quien roba el tiempo, cuando una hora de más ó de menos basta para destruir el porvenir de un hombre, la honra de una familia y hasta (no me llamen ustedes romántico), la felicidad de un pueblo.

VICENTE COLORADO.

Casi-epitalamio

Se casaban un joven y una chica,
buenos mozos los dos, ¡linda pareja!
y acechaba el demonio entre las sombras
detrás de una columna de la iglesia.
—¡Qué contentos están!—pensaba el réprobo.—
Dichas, placeres y dulzuras sueñan,

sin poder figurarse que yo espío
con la copita de la hiel dispuesta.
¡Pensad lo que queráis; regocijaos
con los ratos felices que os esperan,
que yo me interpondré cuando se apaguen
los últimos rumores de la fiesta!

SALÓN DE PARÍS, 1897



ALONSO PÉREZ. — Húsar dichoso

Y siempre entre los dos, aprovechando
cuanto pueda servirme, haré que vengan
después de los halagos los reproches,
detrás de las caricias las tormentas.

Yo alerta velaré cuando, abrazados,
en los deliquios del amor se duerman,
y en sus cerebros nacerán los gérmenes
de caprichos, maldades é impurezas.

Separaré las almas poco á poco
rompiendo del cariño las cadenas,
y haré que estalle en el hogar tranquilo
la guerra sorda, desigual, perpetua...—

Se concluyó la misa. Se cruzaron
frases de parabién y enhorabuenas,
soltaron cuatro chistes los testigos,
lloró de firme la flamante suegra,

Y cuando dijo el novio en voz melosa:
—Has dicho que me quieres. ¿Es de veras?—
no contestó la novia, porque estaba
prendiéndose un brillante en la cabeza.

—¿Se fija en brillantitos á estas horas?
(se dijo Satanás, dando la vuelta).
Pues para desgraciar el matrimonio
estoy aquí de más... ¡Basta con ella!

SINESIO DELGADO.

El último poema

I

Se llamaba Lázaro Gómez (ó se llama si vive, porque yo no he vuelto á verle), y ya veis que ni su nombre ni su apellido eran dignos de un poeta de sus vuelos. Por aquí empezó indudablemente su desventura, porque un poeta *debe* llamarse Abelardo, Armando, Arturo, Adolfo, etc.; algo que suene á cosa entonada y novelesca.

Pero se llamaba Lázaro Gómez y no gastaba el pelo largo ni rizado, ni el sombrero de copa con alas anchas, ni nada de eso que el vulgo se empeña aún en poner sobre la sagrada persona del poeta. Iba sacrílegamente tapado, se cubría con hongo y hablaba como los mortales, sin envolverse en nubes. Ved si sería buen poeta, que jamás cantó endechas á la luna ni imitó á Becquer, dos virtudes que tienen en un poeta precio inestimable.

Conocí al buen Lázaro en la redacción de no sé cual periódico. Iba á recoger unos versos que nadie quería publicar y que eran hermosísimos. Esto de los versos está cada día más desacreditado; no hay quien los quiera, y en aquel periódico de que hablo (que era un semanario ilustrado que solía publicarlos) creo que ni aún los leyeron. Esta plétora de escritores que ven caer sus productos en el cesto de los papeles viejos de los periódicos, es una epidemia, y suelen los buenos verse arrollados por los malos, que son los más.

Lázaro recogió sus versos, escritos con muy mala letra por cierto, y se fué con ellos á otra parte.

II

Volví á verle en otra redacción; leí aquellos versos erráticos, me parecieron, como he dicho, inmejorables, se los recomendé, se publicaron, y, con gran asombro del poeta, se los pagaron.

El pobre Lázaro me llevó á un café y me convidó.

Sobre la mesa de aquel café sin preparación alguna, como empujado por una fuerza expansiva superior, Lázaro puso su corazón para que yo le conociese, y me contó su historia para que le conociese á él. Era una buena persona, tal vez demasiado buena. No había venido del fondo de su provincia con su drama debajo del brazo y la noble cabeza llena de ilusiones, como dicen los que no se atreven á romper con los moldes del año 1830. Era empleado no sé dónde, porque los poetas suelen ser empleados y en la mayoría de los casos no son otra cosa, vivía en casa de su padre y hacía la vida de todo el mundo.

Hasta que yo le ví por primera vez había mandado versos á todos los periódicos, y no se los había publicado ninguno, hasta aquellos que había cobrado.

III

—Yo ya sé que esto de los versos anda mal,—me dijo Lázaro—pero no sé hacer otra cosa. Si supiera la haría. No quisiera aparecer vanidoso—añadió—pero tengo una ambición: quisiera leer algo en alguna parte, para ver si podía hacer méritos y entrar en... tal periódico.

Este poeta que no había escrito ningún drama tenía en cambio un poema. Y admirable, lo digo á pesar de mi prevención invencible por el verso, admirable. Decía en él una porción de cosas muy hermosas con palabras de las que están al alcance de todo el mundo. El poema tenía *ideas* dentro, cualidad que va siendo cada vez más rara. Y habéis de saber que hube de ponerme serio para que Lázaro me leyese el poema, porque Lázaro no era de esa mala raza de poetas que os dicen cuando os topan en la calle:

—¿Usted no conoce mi oda al mar? Pues verá usted...

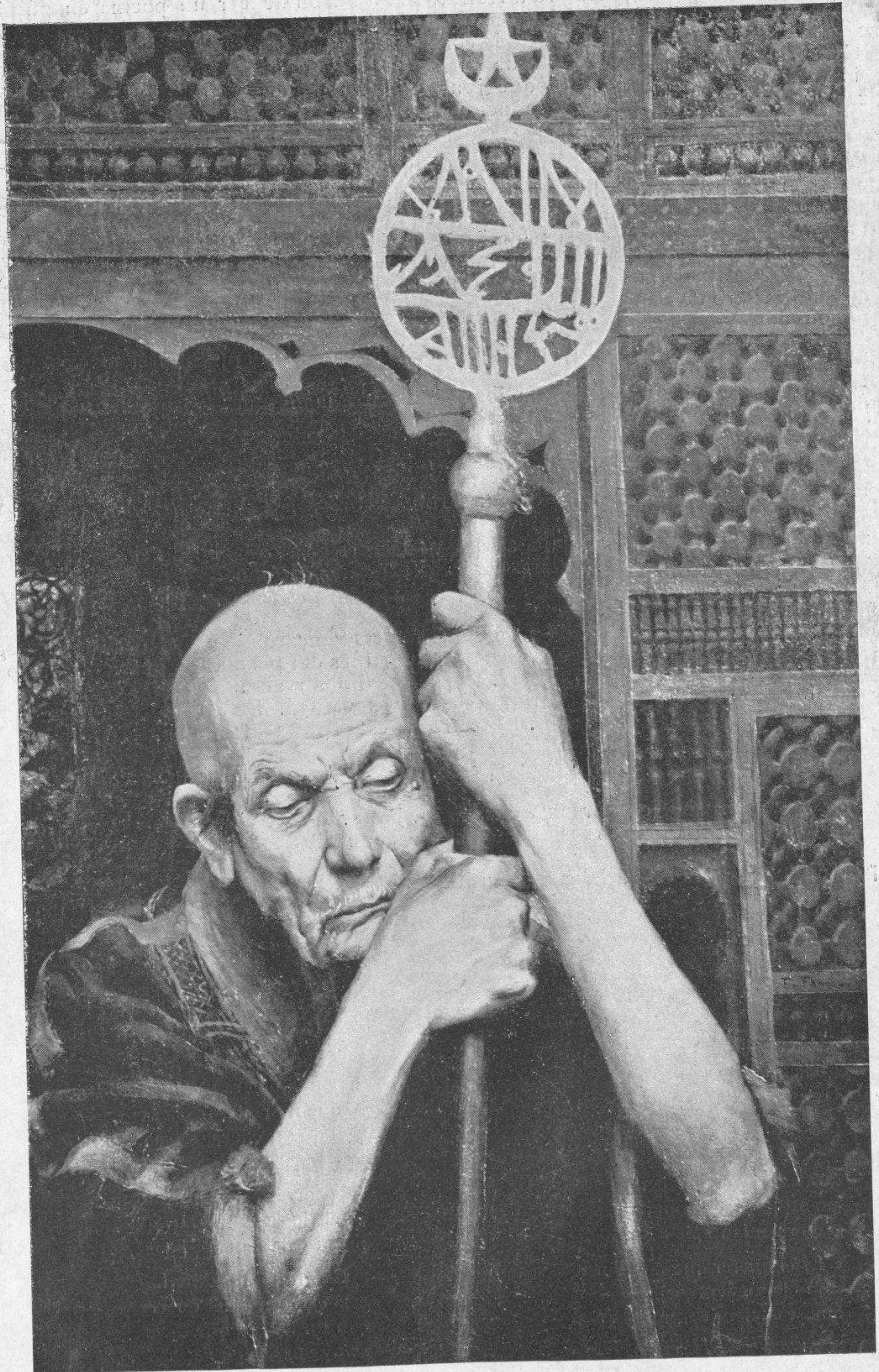
Y desenvainan en el acto las cuartillas.

IV

No sé, ni me importa el cómo y cuando se enamoró Lázaro de su novia, una morena con ojos elocuentísimos, que vivía enfrente de la redacción. Yo le vi pasear un día y seguí viéndole luego sin interrupción, pero tuve sospechas de que ella no le hacía el mayor caso.

Iba á la casa un primo, capitán de caballería, que usufructuaba uno de nuestros primeros bigotes, y Lázaro pasaba fatigas cuando le veía entrar, pero se abstenía naturalmente, de decir una palabra á la morena. Yo creo que si, como he dicho, Lázaro se hubiese llamado Adolfo y no hubiese llevado el pelo al rape, tal vez por lo mucho que tenía de poeta, hubiese hecho honrosa competencia á los bigotes del capitán; pero Lázaro

FABIO FABBI



Santón musulmán

estaba en un desacuerdo horrible con su condición interna. Y la muchacha no acababa de decidirse.

Tampoco sé cómo llegó Lázaro á realizar su ambición de leer un poema en público. Ello fué que una noche hubo velada en el *Capitolio poético*, sabia sociedad que murió ya hace diez años, y que Lázaro se fué allá con su poema.

Claro es que en la primera fila de sillas estaba la morena, el padre, la madre y el capitán de caballería. Yo me coloqué junto á la familia por encargo del desventurado Lázaro, para ver qué pensaban de aquello.

V

Y leyó aquel pobre Lázaro en la tribuna del *Capitolio poético*, como no ha leído jamás poeta alguno. Vibró en sus labios el tono infalsificable de la verdadera poesía, y relampagueó en aquella su rapada cabeza el fuego de la verdadera inspiración. El *Capitolio poético* se conmovió hasta en sus gloriosos cimientos, y mientras el capitán decía á la morena no sé qué retorciéndose el envidiable bigote, dos ó tres poetas daban la mano á Lázaro y veinte ó treinta poetillas le desollaban en un rincón.

Y estoy seguro de que el buen Lázaro sólo pensaba entonces en el efecto que habría hecho en la morena todo aquello.

Se dispersó el *Capitolio*. La muchacha salió con el capitán, y detrás los venerables padres. Bajé muy cerca de ellos.

—Repíteme lo que me dijiste arriba — oí decir á la morena — porque no te pude oír con el sonsonete de los versos de ese majagranzas.

Me eché á un lado espantado.

VI

Al volver la esquina, debajo de un farol, encontré á Lázaro que por fin estaba solo.

—Me decido — me dijo. — Mañana abandono la poesía lírica y abordo el teatro.

—Oye, Lázaro — contesté — ¿quieres oír lo que ha dicho Fulana?

—Oigo...

—Pues esto, y esto, y esto...

Se lo solté en seco. A la luz del farol le ví ponerse encarnado como un niño y luego llorar como un hombre, en silencio. Sacó las cuartillas del poema, las rasgó despacio y los papelitos menudos nevaron la acera. Luego me dió la mano.

—Te he dicho que ese era mi último poema y es verdad. El último — añadió melancólicamente. — En cuanto al teatro... El teatro no está en el teatro, está fuera...

Y echó calle abajo.

Y de que aquel fué su último poema, es buena prueba el que no haya vuelto á saber de Lázaro.

Pero sí de la muchacha morena y el capitán. Por ahí van del brazo, muy aburridos al parecer, y sigue él disfrutando los mismos bigotes de hace doce años.

Pero teñidos ya.

¡Cuánto consolaría esto á Lázaro si pudiese saberlo!

FEDERICO URRECHA.

Cantares

No me hables ahora de aquello
que aquello ya se pasó;
la muerte llama y no espera;
anda, encomiéndame á Dios.

A las orillas del vicio
quise yo lavar mis penas;
cuanto más las remojaba,
se me ponían más negras.

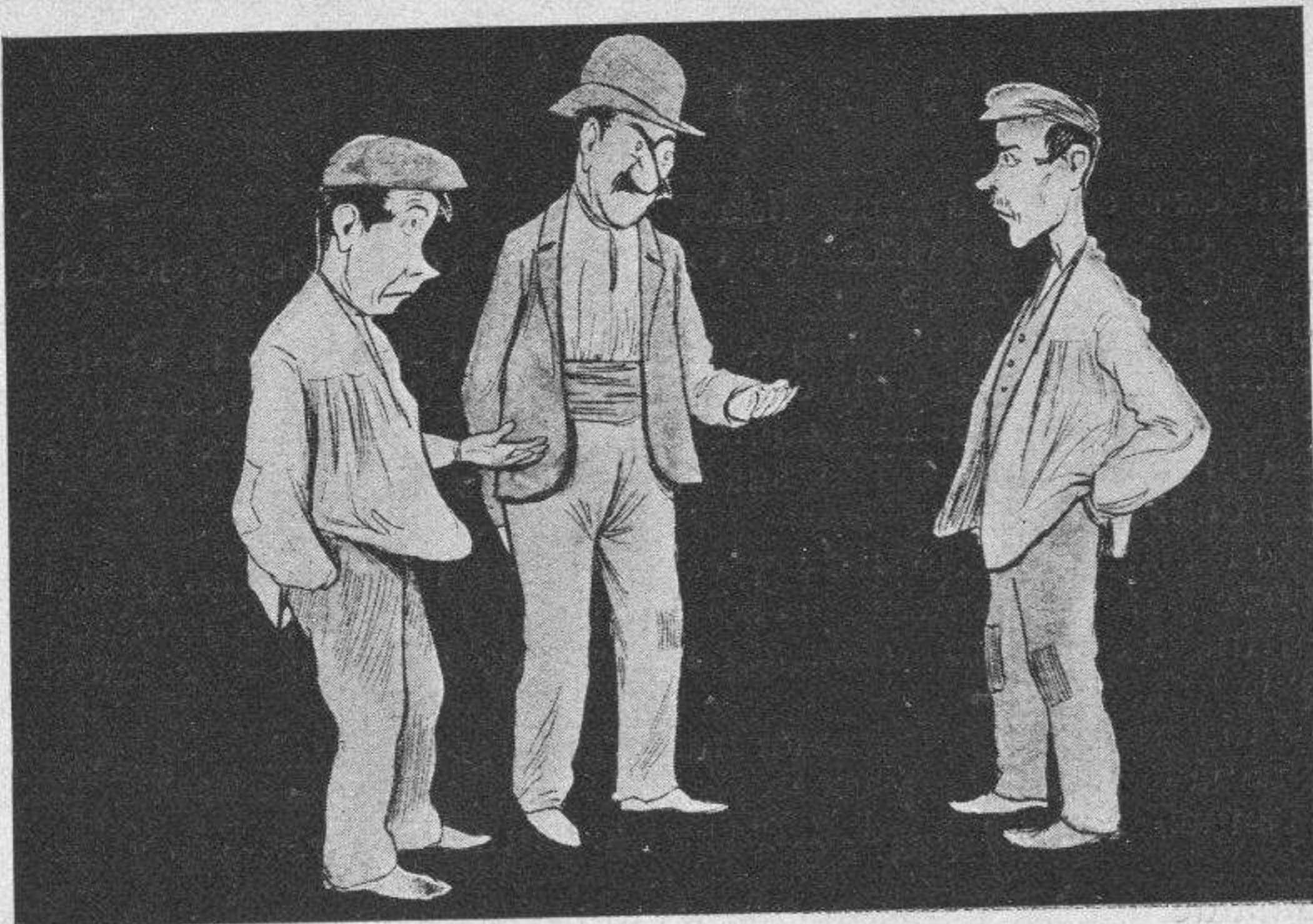
Es el querer que me tienes
como la madera vieja;
que se enciende muy de prisa,
pasa pronto y no calienta.

A las puertas del saber
hay una piedra muy grande;
el que no la ve, tropieza
y el que tropieza, se cae.

Mi palabra es como el río
que corre al mar presuroso;
ni el río se vuelve atrás
ni mi palabra tampoco.

Caminito de la dicha
está el puente del querer
con un letrero que dice:
solo se pasa una vez.

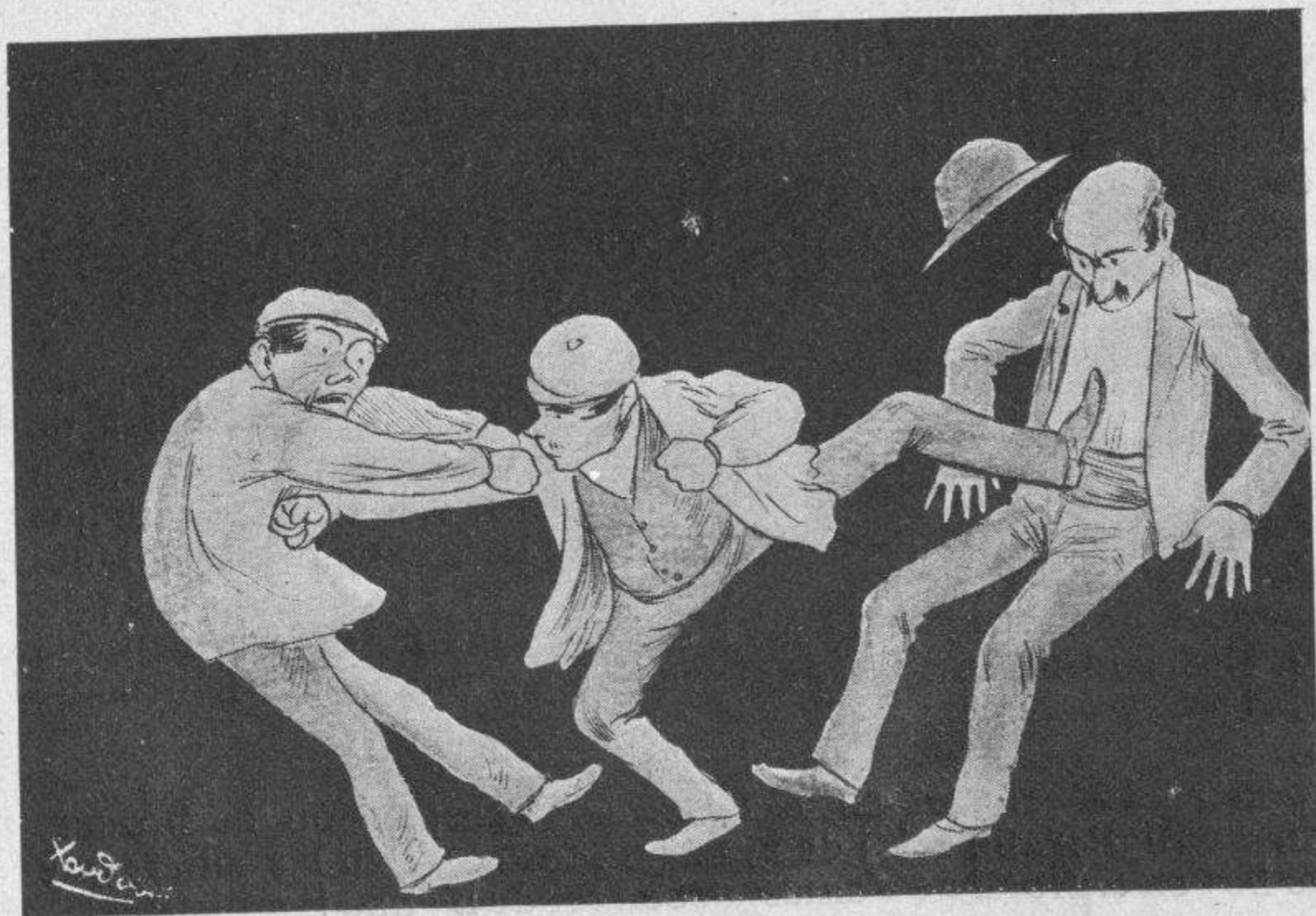
LUÍS RAM DE VIU.



—¿Cuánto te han dado?
—Quince pesetas y tres patás ¡maldita sea!
—Pues mira, tú: como socialista debes repartir.
—Sí ¿eh?



—Pues ahí van cinco pesetas á cá uno.



—... y una patá á cá uno!

El gran señor

No, no era María una parisiense como la generalidad.

Al contrario, tenía empeño en salvar su virtud de este peligro constante á que está expuesta una muchacha que vive de su trabajo.

Era muy linda; ya no lo es, por razones físicas que adivinará el que lea hasta el fin. Tenía un cuarto cuidadosamente amueblado en la calle de Miromesnil, y cuando volvía de su almacén á las diez de la noche, se recreaba contemplando sus muebles de terciopelo azul, su comedorcito tan limpio y tan sencillo, sus flores del domingo pasado todavía frescas en los vasos chinos de la chimenea.

Su madre, que acababa de morir, había gastado cerca de dos mil francos en amueblar la casa, que ahora ya era grande para una muchacha sola; pero María pensaba mudarse en Octubre, y entretanto disfrutaba de su *appartement* en unión de la criada que había servido siempre á la madre y la hija.

María ganaba diez francos diarios como *primera* en una gran casa de París. Se la estimaba mucho porque tenía fama de honrada, y esto va siendo raro.

No se crea por eso que la muchacha dejaba de tener sus aventurillas, pero eso *no se cuenta* en la vida parisiense.

¿Quién lo sabe? Y es axioma de mucha gente que lo que se ignora no desacredita.

Ello es que para lo que se usa por este lado de los Pirineos. María era una excelente muchacha, se proponía ahorrar y casarse... ¿Casarse con quién?

Con un caballero. Ah, en eso no admitía discusión. Cuando las amigas objetaban que en su posición podía aspirar á ser la mujer de un empleado de comercio, de un *maitre d'hôtel* de gran restaurant, de un artista naciente, María protestaba, porque tenía la pretensión de hallar un hombre *chic*, un gran señor...

Y lo encontró. Fué una noche al salir de su trabajo. Ella iba por una acera de la calle de la Paz, con el paraguas en la mano derecha y la falda recogida en la izquierda, enseñando esa pierna torneada que el vecino de París ni mira siquiera, y al extranjero lo vuelve loco. Él iba detrás tarareando el *couplet* de moda, vestido á la inglesa con un gabancito de esos que parecen chaquetas, los pantalones arremangados y las botas sin tacón, muy grandes.

La conversación se entabló muy pronto. El aire del *gentleman* le gustó. La acompañó hasta su casa; María resistió, dijo que era preciso conocerse más...

Las citas menudearon, y al cabo de cuatro días, nuestro hombre... subió.

—Yo—le dijo á María desde la primera noche, soy el hijo mayor del marqués de *** (título italiano),—tengo para gastar en París cinco mil francos al mes, que me envía papá y que empleo en aburrirme soberanamente. Estoy harto del *Bois*, y de la ópera, y del café inglés, y del *Petit Club*, y de las *ecuyeres* del Circo y de las bailarinas del Edén, y de Fanny, y de Emma, y de Valentina y de Noemie; me fastidia el *baccarat*, me carga el paseo á caballo, no me divierto en sociedad, ya el frac me parece camisa de fuerza. Esto, esto es lo que yo vengo pidiéndole á mi fortuna. La muchacha honrada, que trabaja y se oculta como las violetas, que sabe amar y tiene corazón, y hace agradable la existencia. ¡Te voy á querer con delirio!

Y María se creía feliz. Así que vió el cuarto, le dijo:

—Mira, supuesto que ya estamos de acuerdo (y ya lo estaban), hay que pensar seriamente en que este zaquizamí sea casa; así no se puede vivir, y como desde la semana que viene yo he de vivir ya aquí contigo y tú no has de trabajar más, y éste ha de ser nuestro adorado nido... hay que pensar en arreglar esto.

¿Qué más podía desear María? Lo de la boda, ya se lo propondría ella con el tiempo, por de pronto la boda privada ya estaba hecha y no tenía más que hacer sino dejarse obsequiar por el galante amigo.

—Este saloncito, donde estamos, se forrará de raso azul á pliegues, y en las paredes pondremos un Corot, un Rousseau y un Rembrandt, que ya he visto yo hoy en casa de Goupil. Sobre la chimenea pondremos tu fotografía grande, que nos hará Van Bosch, con un marco de piel de Rusia muy ancho, y la mía á caballo en otro. A los lados unos jarrones, japonés antiguo. Nada de reloj; yo no quiero saber que se pasa el tiempo á tu lado.

Los muebles pocos y cómodos. Una *chaise-longue capitonnée*, una butaca de dos personas para que leamos abrazados, una mesa Luís XVI con una lámpara y su pantalla grande que vele bien la luz. Dos jardineras altas para tus flores y una pajarera llena de bichos para que te arrullen. ¿Qué te parece?

María estaba encantada.

—El comedor hay que ponerlo todo nuevo en *vieux chene*, la suspensión de bronce, en las paredes unos bodegones antiguos, un reloj de la misma madera que las sillas, que serán alemanas. Las he visto hoy en el Hotel de Ventas, deben ser de alguna familia Real...

El aparador será de esos bretones con las vidrieras diminutas, y luego llenaremos paredes, cornisa y marcos de los espejos de platos italianos, españoles, franceses y alemanes, antiguos y modernos, pero una verdadera colección. Hay que poner el cordón eléctrico pendiente de la suspensión, y hay que abrir un marco en la pared para que el cocinero sirva los platos al criado del comedor. La vajilla la haremos traer de Viena.

María sudaba de emoción.

—Ese cuarto de tocador que hay junto al tuyo se convertirá en baño. Pondremos la tina, la caldera con su aparato de gas para calentar el agua, un gran lavabo de mármol, la ducha en un rincón, y todo ello adornado con plantas exóticas y de flores.

Lo que es el cuarto de tu madre lo destino para mí, y yo me lo arreglaré á gusto mío, sencillo y cómodo, porque en él no he de estar mientras tu te quedes en casa.

María quiso hablar, pero él continuó:

—Hay que poner á toda la casa una alfombra fuerte, porque estamos al Norte, y en invierno debe hacer aquí trío. Hay que instalar en los pasillos el gas, como en todas partes, y un calorífero sería mejor si el propietario quiere hacer la obra, pero le pagaremos lo que cueste y lo tendremos. La criada que tienes la conservaremos como recuerdo, y

para ayudar al cocinero. Tomaremos una doncella para tí, un ayuda de cámara para mí y un *groom* para los recados y para abrir la puerta. Recuérdame que haga el abono de una berlina y otro á los martes de la Comedia francesa.

Y si algo se me olvida tu me lo recordarás, ¿verdad amor mío?...

La contestación fué muda, sorda, apasionada, indescriptible, porque hay cosas que ni Flaubert, ni Daudet podrían describir fielmente y no escribo yo para lectores de quince años.

A las doce y media de la noche María ayudó al galán á ponerse el abrigo, bajó con él hasta la puerta de la calle alumbrándole con una bujía...

—Hasta mañana,
—dijo él á media voz.

—Hasta mañana!

**

Pasó esto nueve meses ha. El caballero no volvió más ni María supo de él nada. Desde aquella noche está enferma de muerte. Me contó todo esto ayer..., después del bautizo.

EUSEBIO BLASCO.

GRAN TEATRO YANKÉE



Ejercicios de fascinación, por el incomparable Mac-Kinley



Menudencias

Dice la encantadora Rosalía
que aunque ha tenido varias ocasiones
no la ha besado el novio todavía...
¡y empezaron ayer las relaciones!

—
¿Qué será que á la menos inocente
se le suele engañar más fácilmente?

—
Que no alcanzas la gloria... ¡Bueno fuera!
Ten fe y arrima la escalera al muro
que, cuando estés arriba, yo aseguro
que das dos puntapiés á la escalera.

—
Tan ruborosa es Rosa
que si un hombre con ella se desliza...
¡cómo es tan ruborosa
no sabiendo que hacer se ruboriza!

—
La menos charlatana de este mundo
dice veinte palabras por segundo.

—
Por cosas naturales y sencillas
se tiñen de rubor vuestras mejillas
y os mostrais ofendidas, desdeñosas...
pero luego aprendéis las mismas cosas
¡y os las contais vosotras á hurtadillas!

—
No dirás, Asunción, que no te quiero,
¡me gasto un capital con tu portero!

RAMÓN ASENSIO MAS.

—◆—
No me importa el vivir poco;
este mundo es una venta;
si es muy larga la posada
muy larga será la cuenta.

—◆—
—¿Sabes que Luís, tu vecino,
tras de tantos galanteos,
ha robado á la mujer
del barbero Gil Pozuelos?
—¡Pues es suerte!

—¿La de Luís?
—Hombre, no: ¡la del barbero!

Correspondencia

Van-Uter. — Pues... tampoco éste acaba de gustarme. Porque, aparte de la vulgaridad del asunto, tiene algunas incorrecciones de forma que lo afean y...

E. de L. — Sevilla. — Bueno; se publicarán... cuando besos y versos sean consonantes. De modo que, ó yo me engaño mucho, ó va usted á tener que esperarse un rato.

F. L. C. — Madrid. — ¿Qué si sirven? Sí, señor.

X. I. Z. — Pontevedra. — Mal no están. ¡Qué han de estar! Lo que hay, es que esa clase de composiciones (que pasó de moda ya hace tiempo) no encaja en la índole de LA SAETA ¿no le parece á usted?

Melchor-el de los Pitos. — ¡Anda! ¡Pues si tienen muchísima gracia! ¿Por qué no prueba usted á mandar algo de más empeño?

Ali-el Rubio. — Valladolid.

¡Olé, por los guasones,
que señalan la mar de imperfecciones...
en un periódico, y luego — van y citan como modelos, cantares publicados en el mismo periódico!

A. R. — Palma de Mallorca. — ¡No, por Dios! Nada de jeroglíficos, ni de charadas, ni de rombos, ¿no comprende usted que aquí no pegan esas cosas?

D. del V. — Valladolid. — Es el caso que aquí no se pagan más que las composiciones que pide el director. Y aun de esas, no todas. Sin embargo, mándelas usted, y si tan buenas son... hablaríamos.

Señores E. de L. (Sevilla). — P. M. G. (no dice la carta de que población). — *Un cualquiera* y A. D. C., (Madrid). — L. de A. R., *Un principiante*, R. S. A., y *Bofes menores* (Barcelona). — C. de P. (Mataró). — R. R. S. (Valladolid). — A. D. (Valencia) y *Un chiflado* (Toledo). — No podemos publicarlas, y perdonen ustedes si la falta de espacio me impide decirles por qué.

Quedan algunas cartas sin contestar.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA
Rambla del Centro, Kiosco número 3

— * PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN * —

España y Portugal, semestre . . . 6 pesetas
Año. 11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . . 17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado